

José María Merino

LAS MASCOTAS  
DEL MUNDO  
TRANSPARENTE

Ilustraciones

Júlia Sardà

 NOCTURNA  
EDICIONES

Madrid, 2014

© de la obra: José María Merino, 2014

© de las ilustraciones: Júlía Sardà, 2014

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.  
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid  
info@nocturnaediciones.es  
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: noviembre de 2014

Este proyecto ha recibido una ayuda del Ministerio de Educación,  
Cultura y Deporte.



Corrección externa: Paula González-Laganá

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código BIC: YFB

ISBN: 978-84-942862-2-3

Depósito Legal: M-30004-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# 1

## Palabras peligrosas

Lo que os voy a contar sucedió hace años y, aunque nunca lo he olvidado, porque cosas como estas no se olvidan, he vuelto a recordarlo con toda intensidad al viajar en el tren a la casa que los padres de mi mujer tienen cerca de la playa, donde están pasando las vacaciones de verano ella y nuestros hijos.

Resulta que, cerca de mí, había una señora mayor —podía tener la edad de mi madre— acompañada por una mujer joven y un niño muy pequeño que lloraba mucho, tanto que casi no me dejaba concentrarme en la lectura de una novela que llevaba como compañera de viaje. Menos mal que hubo un momento en el que la señora cogió al niño en brazos y empezó a cantarle una canción que lo tranquilizó.



La canción se acompañaba de unos gestos, unos pellizquitos en las manos del niño, que me la devolvieron con toda claridad a la memoria, pues cuando yo era un niño muy pequeño debieron de entretenerme muchas veces cantándome esa curiosa letanía, o retahíla, o alguna parecida. Esta a la que me refiero empieza diciendo: «Pimpineja, la mano la coneja». Es una canción que se cantaba en León, por eso es probable que muchos no la conozcáis... De todas formas, yo creía que era algo olvidado, que ya no lo decía nadie. Mas al recordarla, todo lo que me sucedió por su culpa volvió con fuerza a mi memoria.

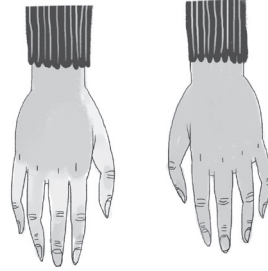
La canción, «Pimpineja», forma parte de un extraño juego: la persona que festeja al niño, alguien que puede ser incluso algo mayor que él, hace que aquel extienda ambas manos, un poco cerradas y con las palmas hacia abajo, va recitando las palabras con cierto tono musical, lo que sugiere ese aire de canción que digo, y con cada sílaba da un pequeño pellizco, nunca doloroso, en la piel que recubre los nudillos más altos de los dedos. Se pellizcan sucesivamente esas partes de las dos manos, una tras otra, y en los últimos versos se sube un poco la voz.

A mí me lo hicieron muchas veces, yo lo he visto hacer otras tantas, y desde que era un muchacho se lo he hecho a muchos niños pequeños, empezando por mis propios hijos.

Os repito que esta historia que os voy a contar sucede hace bastantes años, en el tiempo en que yo debía de tener alrededor de los catorce y mi hermana Camino era muy pequeña, tan pequeña que casi no

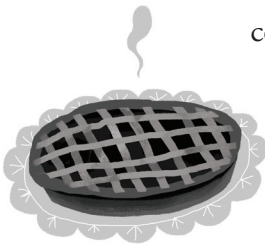
sabía hablar, aunque le gustaba que le cantasen lo de «Pimpineja», con los suaves pellizcos en los nudillos, y hasta lo pedía, alzando sus manitas y pronunciando una palabra poco inteligible que sonaba así como «... bineja».

Yo creo que a mí me gustaba hacérselo porque, por un lado, el cantar la letanía y pellizcar sus manos me ponía decididamente del lado de los mayores, de los que



llevaban la parte principal en aquella especie de juego, dándome indudable superioridad, pero también porque me recordaba lo mucho que me divertía que me lo hiciesen cuando era tan niño, como si yo fuese el protagonista de un ritual mágico.

Un día entró en casa una criada para ayudar a nuestra madre. Era una mujer a la que recuerdo con afecto, pues fue siempre divertida, cariñosa y, además, en los cumpleaños y ocasiones de celebración a veces hacía en el horno una tarta llamada «pai» —luego me enteré que el nombre inglés es *pie*— que nunca antes habíamos comido, tan rica como la mejor que pudiesen vender en la confitería.



Aquella mujer, que se llamaba Josefa, había nacido en Galicia, pero cuando era todavía muy joven emigró a algún lugar del Caribe, donde vivió muchos años

como sirvienta de familias adineradas, y me interesaban las historias curiosas que contaba sobre las costumbres de aquellos lugares americanos en los que había vivido.

Josefa le cantaba canciones a Camino, como una en gallego cuyo principio recuerdo perfectamente, que hablaba de Noé subiendo con

los animales a su famosa arca, y que me imagino que se entiende bien y no hace falta que la traduzca:



*Aí vai o señor Noé  
comandando o batallón,  
o mono vai sentado  
na cabeza do león...*

También conocía los sonsonetes que nosotros le cantábamos a Camino, como «cinco lobitos tiene la loba», «pinto pinto gorgorito», «pum puñete cascabelete», «el patio de mi casa es particular», «en un café se rifa un gato», «una dole tele catole quile quilete» o «papá, mamá, Pepito me quiere pegar»... En fin, todo lo que se canta o se cantaba entonces a los niños menores de dos años.

Un día, cuando volví del instituto, Camino se acercó a mí moviendo sus manitas y diciendo aquello de ...*bineja*, y empecé a

pellizcarle los nudillos mientras canturreaba, separando mucho las sílabas para hacerlas coincidir con el pellizco:

*Pim-pi-ne-ja, la ma-no la co-ne-ja...*

Josefa, que estaba planchando en el cuarto de al lado, lo oyó y llegó con rapidez a donde estábamos:

—Pero ¿qué haces, Isma? —preguntó, con la voz muy alterada.

—¿No conoces «Pimpineja»? —repuse yo—. A Camino le encanta. ¿No es verdad, Caminín?

Mi hermana asentía con entusiasmo, pero Josefa se volvió hacia mi madre, que estaba sentada en un sillón, tejiendo alguna de aquellas labores a las que era tan aficionada, y le habló con el mismo nerviosismo:

—Mi señora —le dijo—, mi señora, por Dios, no le deje al muchacho decir esas cosas.

No sé si por costumbre de su trabajo en el Caribe, Josefa siempre llamaba a mi madre «mi señora», como a mi padre le decía «mi jefe». Mi madre detuvo su labor, levantó la vista y miró a Josefa con mucha extrañeza:

—¿Qué cosas?

—Eso que le está diciendo a Caminiño.

—¿La «Pimpineja»?

Josefa se llevó la mano a la boca. En su mirada había un aire horrorizado.

—Por Dios, mi señora, ni lo pronuncie.

Mi madre estaba tan sorprendida como yo, que dejé a Camino y me aproximé a ellas, lleno de interés.

—¿Qué tiene de malo?

Josefa se volvió y me miró acercarme.

—Es un conjuro muy malo, muy malo, terrible —dijo. Tenía un tono de voz escalofriante y abría los ojos como si estuviese contemplando la cosa más horrorosa del mundo.

—Mujer —repuso mi madre—, es sólo un cantar para entretener a los niños, nada más.

Pero Josefa no se calmaba:

—Es un conjuro horroroso, mi señora. He oído contar cosas espantosas sobre ello. *E coisa do demo* —añadió en gallego, o sea, «es cosa del demonio». Nos miró a los tres con los ojos desorbitados y una evidente expresión de miedo, y añadió, con gesto muy seguro—: Puede hacer que desaparezcas, puede llevarte al Trasmundo...

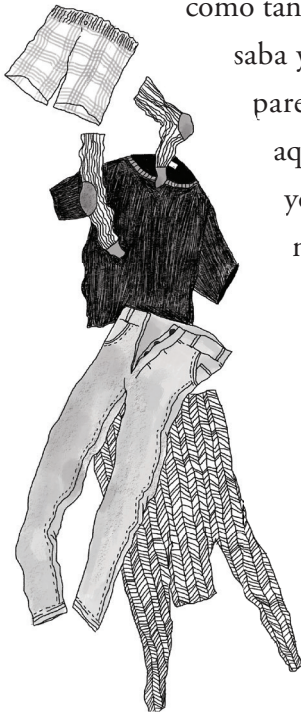
—Bueno, Isma, déjalo —me pidió mi madre, a quien no le gustan las discusiones—. Acaba ya con la «Pimpineja» y hazle a Camino «Los cinco lobitos» para que Josefa se quede tranquila...

—Ay mi señora, no sabe qué bien hace usted —repuso Josefa, recuperando súbitamente su serenidad habitual—. Eso otro es malo, malo, malísimo... *Non pode haber palabras así de perigosas* —añadió otra vez en su lengua natal, que tantos años en el Caribe no le habían hecho olvidar.





Aquella noche, al irme a la cama, pensé en ello. Pero ¿de dónde habría sacado la buena de Josefa que «Pimpineja» era un conjuro diabólico? Claro que es, o era, una de esas canciones sin sentido,



como tantas de las que se les cantan a los niños, pensaba yo, pero lo de tener poderes peligrosos me parecía un disparate. Por entonces, en León, aquella especie de canción era muy popular y yo no tenía noticia de que hubiese sucedido nunca una desgracia por recitarla.

Mientras pensaba en esas cosas, empecé a desnudarme para ponerme el pijama, con «Pimpineja» en la cabeza. Lo fui repitiendo lentamente en voz alta, separando las sílabas de la misma forma que se hacía cuando se pellizcaban los nudillos, para imaginar qué podía tener de malo o de peligroso. A la par que lo hacía, me iba quitando la camisa y los pantalones y los calzoncillos, y terminé de recitarlo cuando me había despojado de los calcetines y estaba desnudo.

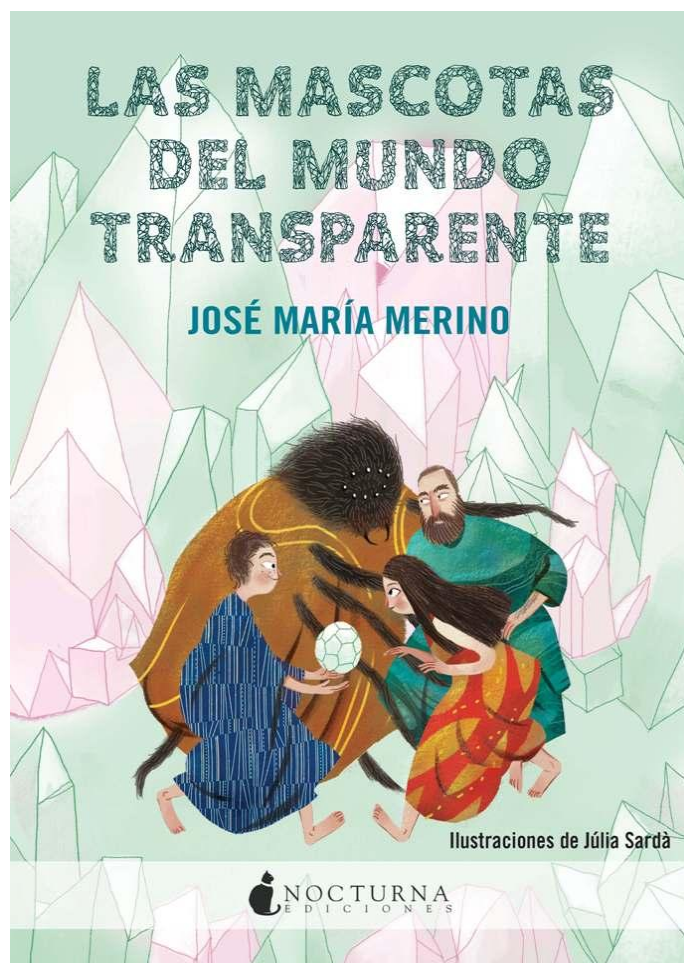
Justo en ese momento sentí que una enorme fuerza me arrastraba a través de una oscuridad repentina, inmensa, en la que brillaban chispas formando un remolino vertiginoso, y perdí el conocimiento.

**SIGUE LEYENDO**

A la venta: **17-11-2014**

# **LAS MASCOTAS DEL MUNDO TRANSPARENTE**

José María Merino



**ISBN: 978-84-942862-2-3. PVP: 10,00 €**

 **NOCTURNA**  
EDICIONES

[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)

Distribución en España: UDL Libros ([www.udllibros.com](http://www.udllibros.com))  
Distribución en Latinoamérica: Azteca ([www.aztecadifusoradelibros.es](http://www.aztecadifusoradelibros.es))